

Primera vuelta

por **Aurelio Asiain**

La historia de una revista no solo la cuentan quienes la hicieron, sino quienes la leyeron antes de formar parte de ella. En este recuento de los primeros números de *Vuelta*, Aurelio Asiain diseccciona su nómina formidable de colaboradores, pero también el peso que la publicación les dio a la poesía, las traducciones y la crítica de libros.

No intentaré contar la historia de *Vuelta*. La esbozaron ya, en distintos momentos y en vida de la revista, Octavio Paz y Enrique Krauze, lo mismo que Gabriel Zaid y Alejandro Rossi, que la conocieron desde su concepción. Después la han ampliado y precisado otros y, sobre todo, con minuciosa devoción, Malva Flores, que no solo ha leído una y otra vez los 261 números de la revista sino que ha revisado la correspondencia y los papeles de diversos archivos, además de las obras completas de buena parte de sus colaboradores. Poco podría yo agregar. Es posible que, cuando publique el libro fruto de sus investigaciones, recuerde yo algún episodio inédito y significativo, o encuentre algo que matizar y aun que rectificar; pero es improbable.

Me detiene, además, una razón práctica. Hace veinticinco años que vivo fuera de México y en todo ese tiempo no he tenido a la mano la colección de *Vuelta*, que dejé en manos de Antonio Deltoro. Fui secretario de redacción de la revista durante dieciséis años –más de la mitad de su vida– y me preciaba de conocerla con tal exactitud que, si se me preguntaba por cualquier cosa que hubiéramos publicado, podía decir en qué número y en qué páginas había aparecido, y muchas veces, sobre todo si se trataba de poemas, hasta citar unas líneas. Ahora he olvidado casi todo. Curiosamente, lo

que mejor recuerdo, lo que nunca he olvidado de *Vuelta*, es lo que leí antes de poner un pie en la redacción, antes incluso de publicar en sus páginas. A eso me voy a referir.

Porque primero fui lector de la revista. Un lector constante y fervoroso, desde los dieciséis años que tenía cuando *Vuelta* apareció. Recuerdo muy vivamente el momento en que vi a Fernando Lipkau entrar en el patio del Instituto Luis Vives con un ejemplar del número uno en la mano, y el momento en que me permitió hojearlo. La aparición de *Vuelta* no era para nosotros –para mí y para mis amigos, que ya hacíamos revistas en mimeógrafo– una sorpresa. Habíamos empezado a leer *Plural* en los años previos, porque la revista llegaba a los suscriptores de *Excélsior*, y sabíamos de la forma en que Julio Scherer, y con él el grupo de *Plural*, había salido del diario. Sabíamos también que había una nueva revista en gestación.

La portada de aquel primer número simulaba una hoja de papel rojo que, al desdoblarse, revelaba su otra cara verde y, debajo, en una página blanca, el nombre de la revista y el título de la presentación de Octavio Paz: "Estamos de vuelta". Una portada llamativa, visible desde muy lejos, pero de diseño más bien pobre, y en la que nunca me convencieron los tres colores de la bandera, porque siempre he sido reacio a las expresiones de nacionalismo. En los números siguientes el diseño mejoró mucho.

Lo que en cambio me sedujo desde el primer momento fue la página, enfrentada al índice, en la que figuraban en orden alfabético las firmas de José de la Colina, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Octavio Paz, Alejandro Rossi, Kazuya Sakai, Tomás Segovia y Gabriel Zaid. Esas firmas eran una declaración: se trataba de una revista de escritores, poetas y narradores, todos también ensayistas, con una obra viva en marcha y una reputación. En el índice se repetían esas firmas: había un largo poema de Segovia sobre "El solsticio", una narración especulativa de Elizondo ("Anoche"), un ensayo de García Ponce sobre cierta "Imagen posible de José Lezama Lima", una introducción de Kazuya Sakai a "La transmisión secreta de la flor" (el libro esencial de Zeami sobre el teatro Noh), un relato de Alejandro Rossi, "Ante el público"; antes de todo esto y después de la presentación de Paz, es decir abriendo el número, había un "Diálogo con Moctezuma" de Italo Calvino, y un cuento de Bustos Domecq, es decir de Borges y Bioy Casares: "El enemigo número 1 de la censura."

En el diálogo de Calvino (escrito para *Le interviste impossibili*, una serie formidable de la radio italiana), un europeo del siglo XX le plantea al monarca azteca las preguntas habituales –¿por qué no resistió, por qué recibió a los extranjeros como si fueran dioses, cuál era el fondo de su incertidumbre?– y Moctezuma, en lugar de responder, le devuelve las preguntas. El europeo le reprocha haber leído en los signos del cielo y en las profecías lo que no era sino la llegada de unos aventureros; el emperador le hace ver que también él habla como si estuviera leyendo un libro ya escrito, que también él superpone sus dioses a los hechos y que la sangre de los sacrificios no pesa más en la balanza que las carnicerías del hombre blanco. La entrevista imposible se resuelve en una conversación y lo que se discute, en el fondo, es qué significa saber: si el saber de quien lo ha previsto todo, porque su ciencia consiste en conocer los ciclos del tiempo y el fin de las eras, o el de quien se enfrenta a lo que no cabe en ninguna previsión. Moctezuma, en el diálogo de Calvino, no es un rey supersticioso ni una víctima ejemplar, sino alguien que ha tenido que decidir, sin tiempo y sin categorías, si los recién llegados eran hombres o dioses, y que sabe que cualquier respuesta era ya una derrota. Es un hombre con una inteligencia y una dignidad inusitadas, pero condenado a la incomunicación. En una puesta en escena radiofónica, curiosamente, Calvino explora ya un tema que Tzvetan Todorov tratará pocos años después en la revista, en un ensayo sobre Cortés y Moctezuma. Un tema que todavía desvela a los mexicanos.

"El enemigo número 1 de la censura", un adelanto de los *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, era una pieza menor y tal vez haya envejecido mucho; parte de su gracia estaba en la alusión a figuras locales y en la parodia del lenguaje del periodismo cultural, que quizá no haya mejorado, pero sin duda ha cambiado. Muchas de las bromas serán hoy impenetrables. Pero es un relato interesante por la forma en que, como las ficciones más memorables de Borges, procedía por reducción al absurdo. La idea de una *Primera Antología Abierta de la Literatura Nacional* que, comprendiendo que toda selección es ya una censura, lo incluye todo, es semejante a la del mapa de *Del arte de la cartografía*, idéntico al territorio que cartografía. Es curioso que el cuento haya aparecido en el primer número de la revista, pues claramente dice lo que Borges le dijo a Victoria Ocampo cuando ella imaginaba *Sur* como una antología mensual de los mejores textos: que una antología no es una revista; que una revista es, precisamente, un criterio, y que toda revista literaria, si lo es, empieza por la abominación de elegir. En la página enfrentada al índice, los ocho nombres del consejo de redacción de *Vuelta* decían lo mismo de otro modo.

No solo era una nómina formidable, pues cada una de esas colaboraciones (salvo el cuento de Bustos Domecq, más bien flojo) era una muestra de excelente literatura y, sobre todo, me importaba personalmente (incluyendo el cuento de Bustos Domecq). Tomás Segovia era en esos años uno de los poetas que leía con asiduidad y el de ese número, denso y encendido, era uno de sus grandes poemas. Lo mismo puedo decir de Elizondo y García Ponce. Los tres, además, como Zaid y De la Colina, habían sido

parte de la *Revista Mexicana de Literatura*, en la que yo veía el núcleo de *Vuelta*, anterior a *Plural*. Quien sí estaba fuertemente ligado a *Plural* (le había dado identidad gráfica, entre otras cosas) era Kazuya Sakai. De todos ellos, fue con quien menos conversé; pero muy probablemente, de no ser por las traducciones de literatura japonesa de Sakai no habría yo llegado a Japón...

Había, en fin, un par de artículos sobre política mexicana: uno de Rafael Segovia, de título ominoso, "La imposible democracia mexicana", que sospecho actual, y otro de Gastón García Cantú, que no sé si leí.

Pero sin duda leí las críticas de libros. Algo muy notable de los primeros números de *Vuelta* era la altísima calidad de sus reseñas bibliográficas. En el primer número, Ramón Xirau comentaba la poesía completa de Emilio Prados, haciendo lo que hay que hacer: señalar los poemas memorables; José Emilio Pacheco escribía sobre *El otro proceso de Kafka*, de Elias Canetti; Juan Gustavo Cobo Borda se ocupaba de la revista *Mito*; Enrique Krauze, de la *Historia general de México* de El Colegio de México. Octavio Paz, Gabriel Zaid, Salvador Elizondo, José Emilio Pacheco, Juan García Ponce, Ramón Xirau, Guillermo Sucre, Francisco Rivera eran los reseñistas habituales de aquellos números, y la lectura de sus reseñas fue probablemente el lugar de mi primer aprendizaje crítico.

De los primeros años de la revista recuerdo, sobre todo, los poemas. Desde luego, los de Octavio Paz, de Ulalume González de León, de Gerardo Deniz, de Gonzalo Rojas, de Álvaro Mutis –los de *Caravansary*–, de Ramón Xirau ("Gradas"), de Eduardo Lizalde. Recuerdo en particular la impresión que me causó, en el número cinco, "El espacio desierto" de Pere Gimferrer, un poema denso, concentrado, de imaginación material muy precisa, que apela a los cinco sentidos; una meditación sobre la muerte en la que resuenan Eliot, Neruda y Aleixandre. Tengo también muy presente el día en que leí, en el número seis, cuatro sonetos espléndidos de Camões traducidos impecablemente por Roque Javier Laurenza, y, en ese mismo número, un poema de Gabriel Zaid, "Fray Luis", que me fue de inmediato definitivo.

¿Cómo olvidar las traducciones? Ya mencioné a Camões. No puedo olvidar a Lucio Piccolo, espléndidamente traducido y memorablemente presentado por Ulalume González de León, que en algún otro número tradujo a Lewis Carroll, y en otro a Valery Larbaud; las coplas de gusto popular de Pessoa, vertidas por Gabriel Zaid; *El naufragio del Deutschland*, de Gerard Manley Hopkins, que tradujo Salvador Elizondo. Es decir que en *Vuelta* no descubrí solo la poesía estrictamente contemporánea, sino la de otras épocas, otras lenguas y otras tradiciones. Y no solo descubrí poetas esenciales, sino también traductores esenciales.

Entre esas traducciones quiero llamar la atención sobre una: la de las octavas iniciales del *Orlando furioso* que Pere Gimferrer publicó en el número 34. Hay que recordar lo que era, y es, esa empresa. El poema de Ariosto había tenido en español, desde 1549, la versión de Jerónimo de Urrea, que el cura del *Quijote* salva de la hoguera a regañadientes porque el capitán "le quitó mucho de su natural valor", y desde entonces la octava real italiana –ese artefacto ligero, veloz, que rima ocho endecasílabos en tres rimas y remata en un pareado– había resistido a casi todos los que intentaron trasladarla a una lengua más pobre en rimas y más pesada de pie. Gimferrer, que escribió en español sus primeros libros antes de pasarse al catalán y que conoce la tradición italiana como pocos poetas de su lengua, no traducía el sentido sino el movimiento: las damas, los caballeros, las armas, los amores, las cortesías y las audaces empresas del proemio entraban en español con la misma soltura irónica con que Ariosto anuncia que cantará todo eso y, de paso, la locura de Orlando. Era, para un lector de dieciocho años, la prueba de que un poema podía bailar en otra lengua y de que un poeta vivo podía dejarse habitar por uno de 1516.

Había también relatos, claro: "Ein Heldenleben", de Elizondo; un cuento de Cortázar con un título memorable, "Usted se tendió a tu lado"; las crónicas japonesas de Calvino y las crónicas mexicanas de Ibargüengoitia...

Repasando ahora de memoria y a vuelo de pájaro las portadas y los índices, puedo decir que fue una revista continuamente memorable, una revista de grandes escritores y de páginas formidables. Para mí fue una vía de formación. Quiero decir que en esos primeros meses de la revista yo no la veía como la revista de Octavio Paz, sino como la revista de un grupo. Era las dos cosas, claro, aunque ese grupo inicial luego se desdibujó y se disolvió. Después advertí que también la huella de quien estuviera al frente de la redacción era muy perceptible. Mientras Enrique Krauze se encargó de esas tareas, la presencia de los historiadores fue mayor, y la revista ligeramente más anglófila. En los años en que lo hizo Alberto Ruy Sánchez, la poesía tuvo más aire y la prosa más horizontes. Pero la mayor aportación de Alberto fue su propia prosa, y no solo la de su sección "Al filo de las hojas". Cuando apareció en la revista su cuento *Los demonios de la lengua* (todavía no estaba él en la redacción) me encontré por la calle a David Huerta, que acababa de leerlo y estaba realmente entusiasmado: –¡Qué cuentazo, qué bárbaro! –me dijo.

Pero eso ya fue mucho después. Quería hablar solo del principio. ~

AURELIO ASIAIN es poeta, ensayista y traductor. Su libro más reciente es *Muy diversas versiones* (Grano de Sal, 2025).